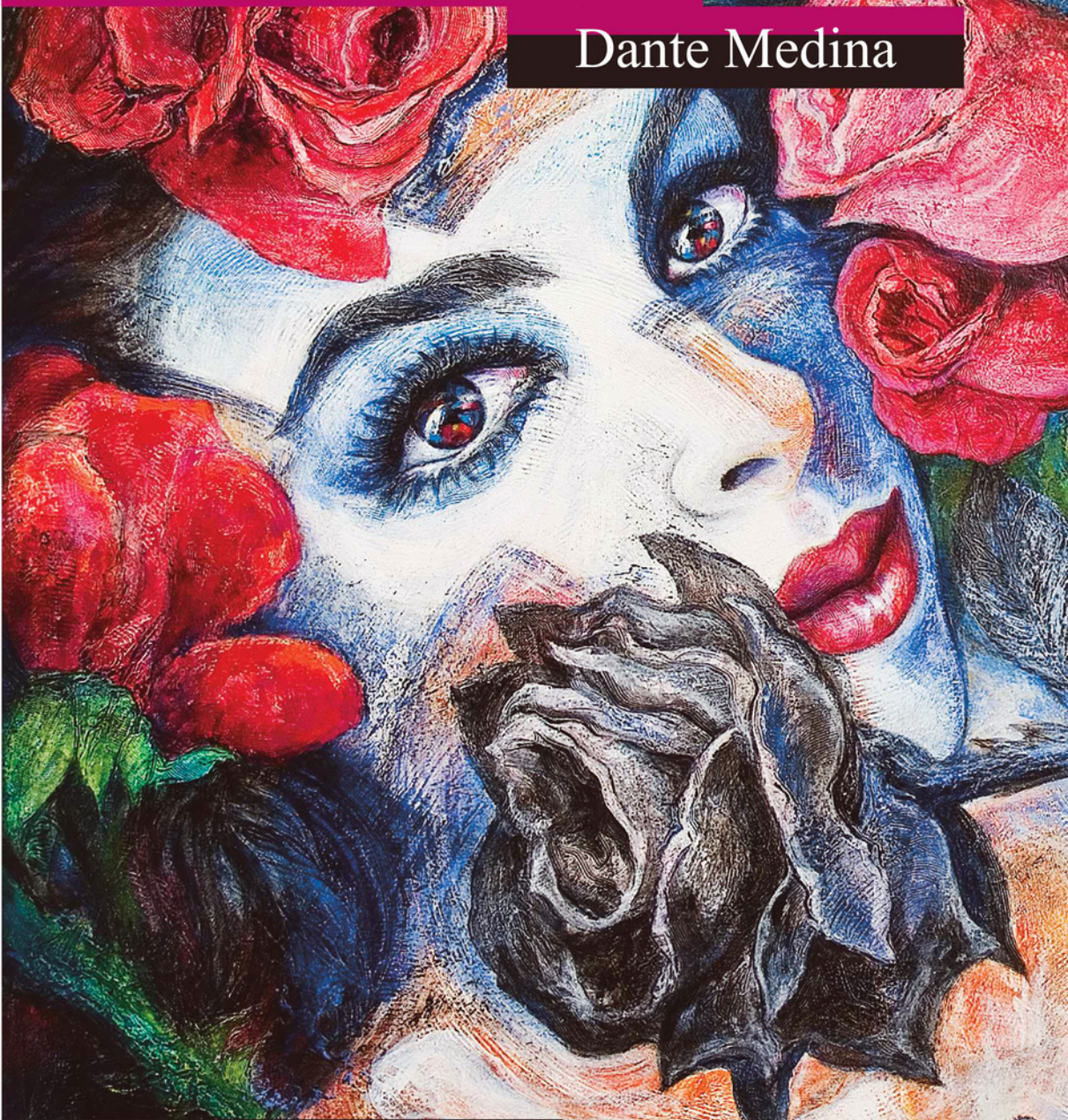


TAPATÍA

Dante Medina



PUERTABIERTA
EDITORES

Aunque no me lo crean, Dante Medina me volvió a sacar un susto con esta novela, a mí, que estoy acostumbrada a sus desplantes. Estábamos en su bar preferido, el Santa Ana, del barrio de Triana, en Sevilla, donde habíamos quedado para que le regresara su manuscrito de *Tapatía*. Tuve que ponerme docilita y preguntarle: “¿Es realismo literario esto que de tan real parece invención, o son exageraciones tuyas inventadas?”. Miró mi cara de coqueta inteligente natural, con sorna. (El de la sorna era él). Si se burla de mí, me dije, me largo y no le escribo su puta solapa. Con su estudiada expresión que nunca se sabe si dice la verdad o miente, me contestó bajito como él habla: “Ahí dice que es una novela, pero es una falsedad del editor: es un informe”.

¡Joder! ¿Me va a venir ahora este cabroncete con que no es Literatura sino Historia? “¡Que te escriba la contraportada la madre que te parió!”, le dije, y me largué, cabreadísima. ¡Coño con este mexicanete engreído! Le di la vuelta a la manzana y regresé; él me estaba esperando, con su paciencia de indio mestizo, porque me conoce tan bien como a su Tapatía. Pedí un trago. “Vale”, le dije, “te la voy a escribir; como siempre, wey”. Tarde me di cuenta de que me acababa de poner de culito: le sorbió al whisky, ‘lo besó’, y me dijo mirándome oblicuosamente: “¿Tú eres la madre que me parió?”.

Ahí fue donde entendí bien a bien la palabra “Tapatío” en masculino. Ahora imagínese la usted, lector, cómo será, cómo es, en esta novela en femenino: Tapatía.

*Dolores Álvarez
(Sevilla, 2014)*

 **CONACULTA**

DIRECCIÓN GENERAL
DE PUBLICACIONES



**PUERTABIERTA
EDITORES**

Colima, Capital Americana de la Cultura 2014



ISBN: 978-607-516-741-1

ΤΑΡΑΤΙΑ

TAPATÍA

Dante Medina

 **CONACULTA**

DIRECCIÓN GENERAL
DE PUBLICACIONES



PUERTABIERTA
E D I T O R E S

Tapatía

Primera edición, 2014

Coedición:

Puertabierta Editores, S.A. de C.V.

Consejo Nacional para la Cultura y las Artes-Dirección General de Publicaciones

D.R. © **Dante Medina**

D.R. © **Jerónimo Uribe Clarín**

Sobre la obra que ilustra la portada

Título: *Tapatía*

Técnica: *Acrílico sobre tela*

Tamaño: *114x162 cm*

D.R. © 2014, **Puertabierta Editores, S. A. de C. V.**

Ma. del Refugio Morales No. 583, Col. El Porvenir, Colima, Col.

www.puertabierta.com.mx

D.R. © 2014, **Consejo Nacional para la Cultura y las Artes**

Dirección General de Publicaciones

Avenida Paseo de la Reforma 175, Col. Cuauhtémoc

C.P. 06500, México, D.F.

www.conaculta.gob.mx

ISBN: 978-607-516-741-1

Todos los Derechos Reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, la fotocopia o la grabación, sin la previa autorización por escrito de los editores.

Impreso en México / *Printed in Mexico*

“Tapatío”, ¿qué es eso?

En la escuela primaria nos enseñaron, infaliblemente, que hay una categoría gramatical que se llama “gentilicio”. Nos hicieron aprender, “de machetito”, palabras que probablemente nunca usaríamos y cuyo empleo equivocado ni siquiera causaba graves problemas y ninguna confusión.

Así pues, supimos desde niños que los nacidos en Jalapa son jalapeños, los de Tamaulipas tamaulipecos, los de Chihuahua chihuahuenses (aunque si son perritos se llaman chihuahueros), los de Guerrero guerrerenses (y no guerrereros), los de Chiapas chiapanecos (y no chiapaneros ni chiapanenses), y una lista enorme de gentilicios a los que nunca faltaban las trampas con las que se lucía el maestro o la “señorita”: a los de Monterrey no se les dice monterreños sino regiomontanos, a los de aguascalientes se les llama hidrocálidos, y a los de Guadalajara tapatíos.

Lo de Monterrey y Aguascalientes era explicable, y se explicaba eruditamente: “rey” equivale a regio, “montano” a montaña; “hidro” por la etimología de agua, y “cálido” por calientes. Pero, ¿y cómo explicar la relación entre Tapatío y Guadalajara? Aquí sí, para regocijo de los chiquilines, “se le hacía bolas el engrudo” al profe. Intentaba algunas explicaciones y se iba por la tangente, a veces rumbo a otros gentilicios que cuento en el próximo párrafo.

A los oriundos de México se les llama “mexicanos” porque los “mexiquenses” son del estado de México y los de la Ciudad de México se conocen como “defeños”. Aunque ya la clase no se tragaba esos desvíos y se ponía a preguntar, fingiendo inocencia, los gentilicios realmente complejos, a ver profe: ¿cómo se les dice a los de Mérida, a los de Isla Mujeres, a los de Nueva Italia, a los de Encarnación de Díaz, a los de Tangamandapio...? Y no faltaban los chistosos que proponían “meridianos”, “mujereños”, “novoitalos”,

“tangamandapienses”, y a los de Encarnación que en realidad se nombra “La Chona” pues “choncitos”.

Quizás en esa lección es donde uno aprende, sin que el maestro se lo proponga, que el lenguaje tiene límites, y caprichos. No se ve la relación entre la palabra Guadalajara y el gentilicio Tapatío, y tampoco entendemos por qué no, simplemente, llamarse “guadalajarenses”; ¿qué de extraño, de incongruente, de antinatural habría en ello? Nada se puede contra la costumbre, se sepa o no el origen, Tapatío te quedas, mi chavo.

En el tiempo que tengo yo de hacerle al “tapatiólogo”, con varios centenares de páginas reflexionando sobre la criatura humana que vive en este llano, le he encontrado riqueza al hecho de que exista esta palabra tan diferente.

Pero volvamos a los profesores que tenían (y tienen todavía), en su apuración por que sus alumnos no los tomaran por ignorantes, tres posibilidades para explicar la extraña aparición de la palabra “tapatío” en la lengua española: preguntar a los nacidos aquí, inventarse una explicación, o ir directamente al diccionario escolar. Y como los nacidos en Guadalajara tampoco saben, y el diccionario Novaro dice que “tapatío” o “tapatía” es un “Natural del estado mexicano de Jalisco”, entonces hay que recurrir a la invención, moderadamente culta, tratando de que sea convincente. De tal manera que el profesor nos explicaba que:

Tapatío viene de una antigua costumbre (en tiempos de La Colonia, cuando aún éramos “neogallegos”) que prohibía la venta de bebidas alcohólicas en Nueva España (la Metrópoli se reservaba el monopolio), tequila o pulque, y para disimular, al jarro o vaso en que se servía el elixir se le tapaba con algún alimento (pan, especialmente) para engañar a la justicia simulando que el contenido era atole, café o chocolate. Y cuando el vendedor se descuidaba, el cliente, precavidamente, le decía: “Tapa tío”.

Otra explicación que aspiraba a ser convincente, más culterana, consistía en darle como procedencia a la palabra “tapatío” de una voz náhuatl que designaba una moneda circulando por esta zona, “tipitl”; Ignacio Dávila Garibi, sostiene firmemente la tesis de

que descende de “tapatiotl”, unidad monetaria que significa tres. Martín Alonso, en el *Diccionario enciclopédico de la lengua*, afirma que es un vocablo de origen incierto, pero que tal vez se trate de una forma onomatopéyica procedente de “tap”. Estas y otras aclaraciones por el estilo sólo nos dejaban en claro que a los nacidos en Guadalajara se les llama “tapatíos”, y que conviene acostumbrarse a que es así y punto, ya que cada que queremos hallarle el origen o el sentido a este gentilicio, se arma un embrollo de explicaciones, a cual más disím-bolas e inconvincentes y (para decirlo en jalisco) o “nos quedamos como los bules: colgando”, o nos arriesgamos a que nos digan, en tapatío: “quien por su gusto se enreda, que se salga como pueda”.

¿Se darán cuenta los tapatíos de que ser Tapatío es un prurito, como una comezón; y arde, y duele, supura y alivia?

Dante Medina

(Tomado de: *Guadalajara: los Placeres de los ojos*, Guadalajara, Ediciones Arlequín / Universidad de Guadalajara, 2007. 2da. edición.)

TAPATÍO, A.

1. *adj.* Natural de Guadalajara. U. t. c. s.

2. *adj.* Perteneciente o relativo a este Estado de México o a su capital.

Diccionario de la Real Academia Española

Aclaraciones de la Tapatía, Educadora:

1. Sólo se llama *Tapatío* al nacido en Guadalajara, capital del estado de Jalisco. El gentilicio de los nacidos en otras ciudades de Jalisco es *Quillo*, por Jalis*Quillo*. A los habitantes de Guadalajara —nacidos aquí o en el interior del Estado— igualmente se les llama *Quillos*.
2. Tapatío no es sólo un *adj.* (adjetivo) también es un *subs.* (substantivo).

Dedicatoria

Éste es un libro de los que no se dedican,
para no ofender.

PRIMERA PARTE

¡Qué bonita familia!

1. Papi, ¿todo el dinero apesta?

En la escuela primaria mi dinero apestaba, y yo tenía las manos limpias. En la preparatoria, mi dinero apestaba, y no era dinero sucio. Durante mis estudios universitarios, me tuve que enfrentar a la evidencia: mi dinero olía mal. La persona que más me quería me lo dijo: —He olido tu pelo, he aspirado el aliento de tu boca. Tus axilas, tu cuello. Las plantas de tus pies. Eres toda tú un jardín de especias.

Qué bonito hablaba, y yo también lo quería.

—Algo que no eres tú, en ti, apesta.

Y era sincero, directo, cínico.

No había de qué reírse.

—Aunque tampoco de qué refugiarse en el psicoanálisis.

Tú qué sabes.

—Sé más de ti de lo que tú ni sabes.

Me estremecí. Siempre me electrizaban sus afirmaciones contundentes. Que me llamase a las ocho de la mañana para decirme: “¿Qué tal?, ¿verdad que me meto bien en tus sueños? El de anoche, era yo”.

Temblaba enterita.

En mi alto de diario, cuando el vagabundo quería limpiar el vidrio de mi coche, me daba cuenta de que ahí estaba, aprisionado por el limpiabrisas, un retrato de él, de niño. Sucedió que en la puerta de mi salón estuviera su foto de adolescente. Y que en el pupitre donde me sentaba a diario se me apareciera su cara de papel, en colores, con letras diciendo: buen día tengas, amada, conmigo.

Yo lo quería, y lo soportaba. O lo soportaba porque lo quería. O lo quería porque lo soportaba.

—Pensar no es amar —me decía.

¿Y qué es?

—Pensar es pensar.

¿Y amar?

—Amar es no cambiar de tema. El que cambia de tema, se evade. Y deja al otro solo.

Volvimos, entonces, al tema.

¿Apesta, el dinero?

Sonó mi celular. Era mi papi. El más adorado de todos los papás. Queridísimo. Un santo. Que si yo ya había ido a misa hoy. Claro. ¡Cómo podía dudar! Que dónde estaba. Haciendo una tarea en casa de una amiga. Bueno, *no te tardes*.

—Cuéntame, pues, tu infancia, “apestosa”.

Mi pasado y todo, mi presente. El dinero en mí siempre había apestado, el de antes y el de ahora. Fuimos ocho de familia, cinco y tres. Entre hombres y mujeres. Todos fuman abiertamente, menos yo que lo hago a escondidas. Mi padre me pone de ejemplo. Mi madre no habla: delante de papi es muda. Soy la más pequeña y lo que se deba esconder de mi padre hacia mí cuenta con siete cuerpos. También para lo que tenga que ser camuflado de mí hacia mi padre, siete hermanos son una buena muralla.

—Sigámonos amando, no me cambies de tema: ¿Por qué tu dinero apesta?

Un asunto de infancia. Crecí con ese olor. Por eso me lavo tanto.

Muy temprano, cada mañana, mi papi entraba al baño, con los periódicos del día. Se bajaba los pantalones. Las sirvientas nos daban el desayuno en la cocina. Mi madre, a gritos, nos llamaba por orden alfabético. Dejábamos el pan tostado, el chocolate, la mermelada, a medias.

Mi madre nos introducía al retrete, donde el rey mi papi estaba en su trono. Había que hincarse. Recibir la bendición. Luego, consejos sobre la castidad y el pecado. Y dinero en monedas, jamás billetes. Que aumentaban según la edad y la conducta.

Los ocho toda la vida, desde que gateábamos hasta después del matrimonio, hincados, esperando la bendición de papi con los pantalones abajo, que nos daba dinero.

—¿Y hacía del baño?

Cagaba.

Esto no sucedió hace cien años. Pasaba apenas ayer, pasa todavía hoy. Es en Guadalajara. Lo que ahorita dije acaba de pasar en esta tarde de domingo. Yo no puedo decir cómo me llamo: con mi nombre tan poco usual sacarían el apellido. Del nombre de mi padre no se puede deducir nada, se llama de manera común, como una persona cualquiera.

Porque odio que se diga que cuento mentiras, saco de mi bolsa la libreta en la que apunto todo, y anoto: estamos desvestidos, en un hotel de paso, ya hicimos el amor, que conste, yo tengo veinte años, tú cincuenta. Que conste. Firmas tú, y firmo yo.

2. ¿Qué es mejor: fea o bonita?

Mi madre fue fea, por lo tanto virtuosa, pía, católica, santa para mi padre. En cambio su hermana, mi tía, fue bonita, por lo tanto...

Como la bonita se casaría *bien* sin dudas, ni siquiera había que invertirlo. La difícil era mi madre, que tuvo que ir a la escuela en inglés, aprender piano, y a sacarse partido para agradar a los hombres mirando de muchas maneras con sus ojos en unos cursos, decentes, que le daba, en privado, una amiga muy de fiar de mi abuela.

Mientras a mi tía nadie le hacía caso en la familia, mi madre disfrutaba de la suerte de la fea. ¿Tú sabías que yo tuve una tía bonita?

—No.

Ahí está. De todos pasó desapercibida. Parecía tan un ángel en la primera comunión que en cuanto terminó la primaria mi abuela no la volvió a dejar salir de casa. Atraía el pecado con tanta belleza. Viendo la televisión se hizo lánguida y todavía más bonita. Aseguraba mi abuela que al amor mucho mejor se le atrae si una se le esconde, ¿tú crees?

—No.

Pero tú no tienes la edad de mi abuela.

Y que a la que sí había que exhibir era a mi madre, ésa sí que le iba a costar trabajo, y su obligación de viuda era, por encima de todo, acomodar a sus dos hijas antes de no morir, porque sus planes eran vivir añalales jugando con sus amigas a la baraja.

Por melancolismo o por aburrimiento, a mi tía le dio por subirse a la azotea a mirar las estrellas. Sin nada que hacer, había hojeado revistas cursis que almacenaron mis abuelos en el cuarto ovalado donde se recluyó la hermana de mi abuelo por no sé qué cosas de época que luego ni supe. Allí fue donde la vio por primera vez mi padre, a mi tía.

Por la azotea andaban, mi padre muchacho y mi tío, primo de mi mamá y de mi tía, tomando cerveza y contándose mentiras sobre su futuro. La vieron a mi tía. ¿Verdad que está preciosa?, le dijo mi

tío a mi papá, al que se le hicieron agua los catecismos en la boca. Chulísima. Lástima que sea de mi familia. ¿Lástima que sea de tu familia?

—¿Era eso una lástima?

No.

No lo fue.

Mi padre recurrió a su amigo el sacerdote, compañero de preparatoria, el amigo de toda la vida de hasta entonces, el que había tenido el valor de renunciar a la carne de hembra.

—La verdadera carne, digo yo.

Dices bien.

Él le aconsejó que se alejara de la tentación y eso hizo. Y para más mortificar su cuerpo, que ya había maltratado con hincarse en brasas encendidas, azotamientos contra la pared, y dolores que al corazón le parecían llagas de lumbre del infierno, se presentó, decidido, hombre joven de bien, de buena familia tapatía, con el apellido por delante, a pedir la mano de mi madre, la fea de las dos.

“¿Y es cierto que habla inglés?”, dijo la madre de mi padre, cuando supo que ya se la habían dado, como suplicando a mi abuelo que le explicara por qué mi padre se casaría con aquella del retrato tan feúcha. “Puede que hasta ni lista sea, porque se casa con mi hijo”, dijo mi abuelo, para quien las mujeres sólo tenían una obligación: ser bellas; y los hombres, otra: seducirlas.

Mi abuela lloró esa noche por tener los ojos azules. Por haberse casado con un hombre de ojos azules. Y por tener un hijo único con ojos azules. ¡Tanto haber soportado para que en los nietos se perdieran los ojos azules!

Le dieron la mano de mi mamá de ojos cafés, que sabían lecciones de mirar bonito, a mi padre de ojos azules un tanto tristes. Así mi padre no cometió pecado de soberbia, según el sacerdote que lo aconsejaba. Porque mi padre por la que se moría era por mi tía la bonita. Pero él desde chico se propuso irse al cielo, y la lujuria cierra todas las puertas del paraíso. Quedarse con la fea era una penitencia por haber deseado a la bonita.

—De milagro naciste hermosa.

Todo en mi vida es un milagro. O una penitencia.

—Que Dios me siga castigando contigo.

Tú te ríes. Yo, no.

Mala no fue, mi madre, pero nomás fue madre.

Y mi padre, se dedicó a ser padre. Y a querer irse al cielo. Que Dios lo estaba probando en vida, según él: mi tío, el primo de mi madre, en una de las subidas a la azotea, embarazó a la tía bonita, su prima, que mi abuela ocultó tanto a la mirada de la codicia de los hombres, y mi padre, que la deseó más que nadie, por sus hermosos ojos azules, se entristeció de enfermura.

—¡No! ¿Melancolía...?

A él, que no quiso irse dejar por la tentación, lo castigaba Dios.

Haberse entregado a la pureza de ni siquiera desear a su mujer, y lo castigaba Dios.

La belleza es del diablo.